



Wenguang Huang

El pequeño guardia rojo

Unas memorias familiares

Traducción de Juan Castilla Plaza

Libros del Asteroide

Libros del Asteroide 



Índice

Primera edición, 2013
Título original: *The Little Red Guard. A Family Memoir*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2012 by Wenguang Huang
This edition published by arrangement with Riverhead Books,
a member of Penguin Group (USA) Inc.

© de la traducción, Juan Castilla Plaza, 2013
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © René Burri / Magnum
Fotografía del autor: © Tao Zhang

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-15625-28-5
Depósito legal: B. 4.010-2013
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100% libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

PRIMERA PARTE	11
1. Demandas	13
2. Veneración	24
3. El dilema	39
4. Obligación	55
5. Preparativos	73
6. Disciplina	82
7. Expectativa	98
8. Secretos	108
9. Recuperación	121
10. Etnia	129
11. División	137
12. Mortalidad	149
SEGUNDA PARTE	169
13. El deshielo	171
14. Graduación	184
15. Occidentalización	202
16. Pérdida	226
17. Revolución	244
18. Independencia	259

8 ÍNDICE



19. Inevitabilidad	276
Epílogo	291
AGRADECIMIENTOS	301

Libros del Asteroide

A mi padre

Libros del Asteroide



PRIMERA PARTE



Libros del Asteroide



1. Demandas

A los diez años, dormía al lado de un ataúd que Padre le regaló a Abuela cuando cumplió setenta y tres años. Nos prohibía que lo llamásemos «ataúd» e insistía en que lo denominásemos *shou mu*, que viene a significar algo así como «caja de longevidad». A mí me parecía un nombre muy extraño para la caja en la que enterraríamos a Abuela, pero lo cierto es que tenía una finalidad práctica. Resultaba mucho menos espeluznante compartir mi habitación con una «caja de longevidad» que con un ataúd grande y negro.

En 1973, Abuela cumplió setenta y uno, setenta y dos según el calendario chino, ya que según nuestro calendario se tiene un año al nacer. Repentinamente, empezó a asustarse y obsesionarse con la muerte. Mi hermana Wenxia y yo aún recordamos la noche en que Abuela mencionó por primera vez ese tema. Durante la cena, Madre había soltado su diatriba de costumbre sobre las faenas domésticas. La noche anterior había visitado a una vecina y había visto cómo su hijo mayor, por propia iniciativa, se puso a lavar los platos después de cenar.

—Dejó la cocina como los chorros del oro —dijo



Madre mirándonos a los cuatro—. Yo, por desgracia, he parido un puñado de vagos.

Todos agachamos la cabeza en silencio. Abuela, harta de escuchar sus quejas sobre las tediosas faenas domésticas, anunció que podría morir pronto.

A ninguno de nosotros se nos había pasado por la cabeza que Abuela se muriera algún día. Desde que tengo recuerdo, siempre ha parecido una anciana, con el rostro arrugado y manchado.

Padre dejó los palillos y, con mirada de preocupación y sorpresa, preguntó:

—¿Te encuentras mal?

—Aún... no.

Madre no pudo contenerse.

—¿Entonces por qué dices eso?

Al parecer, sus temores se basaban en el antiguo adagio chino que dice que, «cuando una persona cumple los setenta y tres o los ochenta y cuatro, el Rey del Infierno vendrá probablemente a por ella». Teniendo en cuenta que solo le faltaba un año para llegar a ese primer umbral, Abuela quería estar preparada. Le pidió a Padre que empezase a organizar su funeral. Después de morir, Abuela quería ser enterrada en su aldea natal, en la provincia de Henan, al lado de mi difunto abuelo.

Molesta por haber sido eclipsada por Abuela, Madre se levantó de la mesa; Padre, por el contrario, se sintió aliviado al saber que su madre no padecía ninguna enfermedad seria.

—Deja de pensar en esas cosas —dijo—. Vivimos en una sociedad nueva y la gente ya no cree en supersticiones.

Cogió los palillos y empezó de nuevo a sorber los fideos.

Abuela jamás había ido a la escuela, pero tenía en la cabeza una enciclopedia de dichos que usaba a su antojo. Hacía unos meses, una vecina planeaba preparar un pequeño banquete para celebrar el quincuagésimo cumpleaños de su padre. Recurrió a Abuela para que le aconsejase sobre un regalo para su cumpleaños, pero ella terminó soltándole una perorata sobre por qué debía abandonar esa idea.

—En nuestra aldea, las personas nunca celebran su cumpleaños antes de los sesenta —le explicó antes de respaldar sus razonamientos con un dicho chino—: Quien celebra un banquete a los sesenta, vivirá para siempre.

Abuela le advirtió que celebrar un cumpleaños demasiado pronto podría perjudicar su longevidad. Nuestra vecina asintió agradecida.

Cuando me enteré de esa anécdota, le pedí a Abuela que me explicase en qué se basaba para decir tal cosa. Sin prestarme demasiada atención, me respondió:

—Si se ha transmitido de generación en generación, debe ser cierto.

Años más tarde, me quedé sorprendido al oír a algunos amigos que se habían criado en diferentes partes del país repetir el mismo dicho sobre las celebraciones de cumpleaños, alegando las mismas razones que Abuela le había dado a nuestra joven vecina.

Creímos que la nueva obsesión de Abuela por la muerte sería algo pasajero, pero a medida que se acercó el oscuro y frío invierno, empezó a dormir cada vez menos y parecía sacar ese tema en todas las conversa-



ciones. A veces simulaba estar hablando con mis hermanos y conmigo, pero todos sabíamos que se dirigía a mis padres, especialmente a Padre. Decía que las personas de su aldea natal eran muy exigentes con los entierros, que la situación y el mantenimiento de los *yin-zhai*, las residencias de los muertos, eran de suma importancia para el bienestar de las generaciones futuras. Además, las personas gastaban grandes sumas de dinero en los funerales porque los consideraban la máxima expresión de la piedad filial. Abuela entonces nos narraba la historia de una joven virtuosa de una familia muy pobre que vivía cerca de su aldea que, arrodillada en la calle, ofrecía su cuerpo para poder reunir todo el dinero necesario para darle a su padre enfermo el entierro que merecía.

Según Abuela, la familia Huang había gozado de una vida próspera y armoniosa en una aldea al noroeste de la provincia de Henan, en la orilla septentrional del río Huang He. A finales de los años veinte, la tuberculosis se extendió por la aldea y Abuelo fue uno de los primeros en morir. Una muerte fatídica. La familia solicitó la ayuda de un reconocido maestro de *feng shui** que recomendó trasladar el panteón familiar fuera de la aldea, cerca del río Huang He, con el fin de frenar la epidemia. En aquella época, había una leyenda muy popular sobre un gran dragón que descansaba bajo las aguas del río Huang He, justo en el mismo lugar donde estaba situada la aldea de Abuela. El maestro de *feng shui* ase-

* El *feng shui*, literalmente viento y agua, era un sistema ancestral chino que aplicaba la doctrina taoísta para mejorar la vida. En el caso de los enterramientos, se utilizaba para la ubicación de las tumbas porque se creía que traía fortuna a los descendientes del difunto. (N. del T.)

guró que el lugar que había escogido para enterrar a Abuelo estaba asentado sobre el lomo del dragón.

—El nuevo panteón traerá suerte a la familia —continuó Abuela—. Cuando me reúna con Abuelo en la otra vida, se completará un ciclo generacional; será muy bueno para todos vosotros.

Abuela nos contó esa historia innumerables veces. Tantas que nos mirábamos los unos a los otros y repetíamos sus palabras. Mi hermana mayor decía que Abuela era una mujer supersticiosa. Padre estuvo de acuerdo y le pidió que no nos contase más esa historia.

Al principio, mis padres ignoraron la petición de Abuela, pero eso solo sirvió para que ella se empeñase más. Durante una conversación con una vecina, se enteró de algo sorprendente: los entierros se habían prohibido en nuestra ciudad, Xi'an. La vecina le dijo que si alguien de la ciudad moría en el hospital, los médicos no permitían que los familiares se llevasen el cuerpo a su casa; lo metían en un gran congelador que había en la funeraria y luego lo llevaban al crematorio. Un joven había sobornado al guarda de la funeraria y se había llevado el cuerpo de su madre para enterrarlo. La policía lo apresó, interceptó el cuerpo y lo envió directamente al crematorio, por lo que no tuvo tiempo de realizar ni los rituales más elementales.

Abuela estaba aterrorizada. Apenas salía del complejo de apartamentos donde vivíamos y no tenía ni idea de los cambios que se estaban produciendo en China. Se enteraba de casi todo por los vecinos, por mis padres o por mí. A veces, sabiendo el tipo de noticias que le gustaba oír, llegué incluso a inventarme alguna para llamar su atención, pero no me atreví a engañarla cuando me



preguntó sobre la ley de cremación y, cuando le dije la verdad, lo único que conseguí fue asustarla. Esperó a que Madre se marchase para charlar con sus amigas y se acercó a Padre, que estaba tomando té al lado de una estufa de carbón que había junto a la puerta principal. Se sentó a su lado y me pidió que le trajese una palan-gana de agua caliente para que pudiese meter sus diminutos y vendados pies.

—Jiu-er —dijo, utilizando el apelativo cariñoso con el que se dirigía a Padre—. Por favor, no me quemes cuando me muera. ¿Me lo prometes?

Mi hermana y yo estábamos haciendo los deberes bajo la única bombilla que iluminaba la habitación. La palabra «quemar» me llamó la atención y miré de reojo a Padre y Abuela.

—Ya te he dicho que no te preocupes por nada —respondió Padre con tono impaciente—. ¿Qué más da? Cuando nos morimos, nuestro cuerpo y nuestra mente dejan de existir. No sabrás ni sentirás nada.

Abuela negó con la cabeza, con un gesto de horror en el rostro.

—No —dijo—. No quiero que me *torturen* en el fuego cuando me muera.

¿Cómo se iba a reunir con su esposo en la otra vida si su cuerpo quedaba reducido a cenizas? A medida que hablaban, Abuela se inquietó más y empezó a patalear con sus diminutos pies, salpicando el agua de la palan-gana por todo el suelo.

Padre se levantó, cogió una toalla para secarla y, con tono afable, le dijo:

—Ya hablaremos después. No molestemos a tus nietos mientras hacen los deberes.

Padre se vio en una situación engorrosa. Al principio quería cumplir con todas las normas, es decir, traer a casa las cenizas de Abuela, celebrar una ceremonia sencilla y enterrar la urna al lado de Abuelo. La práctica de los entierros estaba prohibida desde que los comunistas tomaran el poder en 1949 y a mediados de los setenta el gobierno había redoblado sus severas medidas al respecto. La ordenanza de la cremación tenía sus razones prácticas e ideológicas, ya que el terreno que se empleaba para los cementerios se podía utilizar con fines agrícolas o para construir edificios. La tierra dedicada a la agricultura escaseaba y los habitantes de las ciudades tenían que vivir apiñados en apartamentos cada vez más pequeños y lúgubres. Padre estaba de acuerdo con esa política y trataba de razonar con Abuela. En los años sesenta y setenta, China estaba amenazada por la Unión Soviética y Estados Unidos, que entonces tenía una enorme presencia militar en el sureste de Asia. Para proteger la industria china de los posibles ataques de los «revisionistas soviéticos» y de los «imperialistas estadounidenses» el gobierno trasladó gran parte de su industria al interior. La ciudad de Xi'an se escogió para la fabricación de equipamiento militar y maquinaria pesada, además de como sede para las universidades y las instituciones dedicadas al desarrollo científico. En muy pocos años, el número de habitantes de la ciudad llegó hasta los seis millones (en la actualidad son ocho), y Padre contaba que muchos jóvenes de su empresa no podían casarse porque no encontraban ningún lugar donde vivir. Tenían que esperar varios años para que les asignasen un apartamento. En otras palabras: los muertos tenían que dejar espacio a los vivos. Además, los

funerales tradicionales eran muy caros y estaban cargados de tradiciones budistas y taoístas, contrarias a la ideología comunista.

En esa época, la Revolución Cultural, aunque se había desinflado, todavía estaba en marcha. Las campañas políticas del presidente Mao a principios de los setenta incluían la condena de Confucio y la erradicación de todos los rituales y tradiciones antiguos. Los funerales y las bodas se simplificaron de acuerdo con esa ideología. Padre dijo que había presenciado una reunión de crítica contra un funcionario de su empresa que había celebrado una boda tradicional para su hijo. Un vecino de su aldea que le guardaba rencor lo denunció a las autoridades por haber alquilado una silla de manos roja para llevar a la novia y haber contratado una banda para tocar las melodías tradicionales. El castigo que se le aplicó fue bastante severo. Las autoridades cubrieron las paredes con grandes carteles en blanco en los que escribieron con caracteres negros: ¡TRANSFORMA LAS ANTIGUAS COSTUMBRES Y TRADICIONES! ¡VIVE SENCILLAMENTE Y NO DERROCHES! Los letreros llegaron a cubrir incluso la pared exterior de los aseos comunitarios de nuestro complejo de apartamentos.

A mí me asustaba el hecho de meter el cuerpo de Abuela en un horno, pero en la escuela nos enseñaban que los entierros tradicionales eran un símbolo de un pasado decadente y cruel que pertenecía a la época pre-comunista. En un popular libro infantil con ilustraciones, *Un dólar de plata*, se narraba la vida de una familia muy pobre de la provincia de Henan, la ciudad natal de Padre. Durante la hambruna de 1942, la familia vendió la hija a un terrateniente adinerado como doncella.



Cuando su madre murió, el terrateniente envenenó a la chica poniéndole mercurio en la bebida para que pudiese servir a su madre en el otro mundo. En la procesión funeraria, los portadores llevaron a la chica sentada en la postura del loto, sosteniendo una lámpara falsa en las manos. El mercurio hizo que su piel conservase su color sonrosado y así tuviera la apariencia de estar viva. El cuento me dejó aterrizado y me hizo aborrecer los funerales tradicionales.

Yo creía que la superstición también merecía condenarse. En la escuela fui jefe de los «pequeños guardias rojos». Durante el concurso de canto anual, mis compañeros y yo interpretamos una canción llamada «Fuera Confucio, opongámonos a los viejos rituales». De hecho, incluso colaboré para hacer un dibujo que se puso en el tablón de anuncios de la escuela en el que se veía un enorme puño «revolucionario» golpeando a un anciano que representaba a Confucio. Abuela no sabía nada de mis actividades políticas en la escuela. Abuela solía decir que Confucio era un santo y me sacaba de quicio con su arraigo a las viejas costumbres; en muchas cosas lograba convencerla con ayuda de Padre para que cambiase, pero en lo referente a su entierro se mostraba obstinada y se resistía a cualquier intento de disuadirla.

Padre, al ser un hijo piadoso, siempre había respetado los deseos de Abuela y apenas discutía con ella delante de nosotros. Sin embargo, aquello era distinto. En la cena, dirigiéndose a ella, nos hablaba de cómo los líderes comunistas, el presidente Mao y el primer ministro Zhou Enlai, habían retomado la idea de la incineración de los años cincuenta.

—Si nuestros líderes no quieren que se haga una ex-



cepción con ellos, ¿por qué vamos a ser nosotros diferentes?

Después de asistir al funeral de un compañero de trabajo en el crematorio de Sanzhao, en el sur de la ciudad, le dijo a Abuela:

—No ha estado tan mal.

Mostraron el cuerpo del difunto; los familiares, amigos y compañeros de trabajo se reunieron para celebrar un breve velatorio. En lugar de los tradicionales sollozos y cantos sutras, se oyó a través de un altavoz una triste pero optimista música funeraria de estilo comunista. Los funcionarios gubernamentales y los cuadros de la empresa pronunciaron algunos panegíricos y los familiares se lo agradecieron y dijeron algunas palabras. Después de despedirse todo el mundo, introdujeron el cuerpo en un horno, recogieron las cenizas y las colocaron en una urna cineraria en una enorme sala parecida a una biblioteca. Cuando fallecía un líder destacado, se celebraba una ceremonia conmemorativa mayor y el cadáver no tenía que esperar en la cola para ser introducidos en el horno, pero todos terminaban del mismo modo. En la fiesta del Qingming,* o el día de la Limpieza de las Tumbas, los familiares sacan las urnas y rinden tributo al difunto en un gran patio que hay detrás del crematorio.

Abuela, sin embargo, se mostraba muy escéptica. Las vecinas le habían dicho que los trabajadores del crema-

torio jamás vaciaban por completo los hornos después de las incineraciones.

—Cuando te den el montón de cenizas que saquen del horno, ¿cómo vas a saber que son las mías? Cuando celebres la fiesta del Qingming, quizá le estés rindiendo tributo a otra persona que no es tu madre.

Abuela puso fin a la conversación levantándose y recogiendo la mesa.

Madre no soportaba ver cómo su marido cedía con tanta facilidad.

—¿Dónde quieres que te entierremos? ¿Has visto algún cementerio por los alrededores? ¿Qué te hace pensar que la tumba de tu marido sigue estando en Henan?

Abuela le hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Estoy segura de que la familia Huang mantiene la tumba y han reservado un lugar para mí.

De esa forma le advertía a Padre que quería ser enterrada en su aldea natal con un funeral tradicional y que a ella nadie le negaría su última voluntad.

* La fiesta del Qingming (resplandor puro) es uno de los 24 puntos de división temporal en China. Se celebra del 4 al 6 de abril. Es la época de la siembra, pero no solo tiene fines agrícolas sino también conmemorativos. La gente acude a los cementerios, barren las tumbas y ofrecen sacrificios. (N. del T.)